

## La escuela que llevo en mi memoria

### The school that I keep in my memory

Viky Sánchez Salces

(CEIP Fray Pablo de Colindres, España)



Siempre recuerdo un juego que repetía cuando era muy pequeña. En la bolera de mi casa jugaba con todos los bolos pinados, y les “daba clase”, los contaba, los reñía, los colocaba, imitando lo que veía en la escuela. Porque mi recuerdo de la escuela de mi infancia es una memoria feliz, siempre alegre y vital. Crecer en un pueblo pequeño, La Acebosa, a tres kilómetros de San Vicente de la Barquera, fue una suerte. Crecí en la tienda del pueblo, un negocio de ultramarinos, una tienda-bar, y rodeada de pequeñas ganaderías de explotación láctea. Mi hermana, mi hermano y yo vivimos nuestros primeros años felices en un entorno natural, rodeados de comestibles, bebidas y mercancías de todo tipo, con la gente del pueblo que venía, de día y de noche, y que formaba parte de nuestras vidas. Nuestra infancia fue placentera, libre y natural.

En el pueblo había dos Escuelas Unitarias, una de niñas y otra de niños, separadas por un muro que saltábamos con bastante facilidad para jugar.

En la actualidad, las dos escuelas, varias veces remodeladas, se utilizan como locales para servicios comunitarios y para reuniones diversas en el pueblo.



Fui a la escuela unitaria de niñas del pueblo desde que tenía cuatro años; éramos treinta y tantas niñas de cuatro a catorce años en un edificio diáfano de grandes ventanales y un gran patio orientado al sur. Y qué bien lo pasamos creciendo y aprendiendo y descubriendo el mundo con nuestra querida señorita María Rosa. Una maestra joven, María Rosa González Suárez, que puso todo su empeño en que nuestra pequeña escuela fuera muy ordenada y moderna. ¡Tuvimos una maestra adelantada a su tiempo! ¡Impartía una educación integral e individualizada! Su juventud, vocación y compromiso hicieron que la organización de las clases, los cursos, la relación con las familias, y con el pueblo en general, en esos años, creara una convivencia familiar en la que todos, especialmente los niños y niñas, salimos beneficiados.

Lo mismo aprendíamos aritmética comprando los colinos en la panadería, que escribíamos cartas y telegramas a familiares y personajes famosos, que organizábamos equipos para limpiar la escuela y plantar bulbos en los jardines, hablábamos francés y hacíamos ejercicios de educación física en pantalones de deporte, en el patio, los sábados por la mañana. Aprendimos gramática, educación sexual, dietética y hábitos de higiene y salud; aprendimos a coser, a hacer resúmenes y esquemas de sus geniales explicaciones, a investigar en los libros y en el entorno y a ayudar a las niñas más pequeñas. Preparábamos bailes tradicionales, canciones, pequeñas obras de teatro. Nunca olvidaré el silencio cuando en el tocadiscos sonaba el *Amor brujo* de Falla; cuando ensayábamos, entre carcajadas, el entremés *Las aceitunas* de Lope de Rueda y adaptábamos a nuestras palabras el *Auto Sacramental de los Reyes Magos*.

### **Los primeros cuentos ilustrados, primeras lecturas inolvidables**

Cuando recuerdo lo bien que lo pasé en la escuela me vienen imágenes diversas en muchos colores, ruido de voces, carreras y juegos. Todo era grande: el patio, la clase, los espacios, que se han empequeñecido con el tiempo, eran entonces enormes; y nosotras, las niñas, tan pequeñas que no llenábamos el aula, ni el patio cubierto cuando llovía, ni la entrada y el portal donde dejábamos las albarcas en pequeñas filas en invierno. Intento recordar aquellos primeros cuentos, álbumes ilustrados en formato grande, que no nos cansábamos de ver y de leer una y otra vez. *Caperucita roja*, *Pulgarcito*, *El patito feo*, *La casita de chocolate*, *Blanca Nieves*, *Los tres cerditos y el lobo*, *Los cuatro músicos*... Hay uno que recuerdo especialmente entre todos ellos,

porque nos fascinaba: *Chanchito el volador*: He buscado ahora este cuento y lo he leído recreándome en sus imágenes, que eran enormes y preciosas entonces en nuestras manos pequeñas. La emoción de la narración, el miedo que daba el gigante Malombrón y la maravilla de ver un cerdo con alas llevando a dos enanitos encima... Entonces pensábamos que en nuestro pueblo no había chanchitos, que eran “chones”, que gruñían mucho, estaban sucios y nos daban un poco de miedo y que, alas, por mucho que mirábamos, no tenían.



Ya más mayores, en clase había un tiempo para la lectura en voz alta. Íbamos leyendo por turnos cuentos y libros más largos, con varios capítulos e historias más complejas. Inolvidable *Corazón*, de Edmundo de Amicis. La cotidiana historia de un niño como nosotras, Enrico, que contaba diariamente lo que le pasaba cada jornada en clase; sus vivencias, alegrías y tristezas nos gustaban mucho y nos motivaban a escribir, objetivo que era siempre prioritario para nuestra señorita María Rosa. Aquella temporada a más de una nos regalaron un diario y lo empezamos a escribir con mucho empeño. En esta misma obra, esperábamos muy atentas a algunos cuentos insertados con la denominación de “el cuento mensual”: Entre estos, recuerdo el cuento “De los Apeninos a los Andes”, con el que sufríamos por saber qué iba a pasar al día siguiente en aquella épica aventura de Marco en busca de su madre.

Después llegaron las lecturas individuales, en la escuela y en casa, que elegíamos para llevarnos, orientadas por nuestra maestra y por lo que unas a otras nos contábamos. Una de esas primeras lecturas fue un cuento ilustrado titulado “Dos caritas iguales”, que no he olvidado y sigo buscando. Aquí iniciamos también la lectura de las grandes sagas de “Los siete secretos” y de “Los cinco”, que nos hicieron leer mucho e intercambiar libros con las compañeras y, también,

que intentáramos en nuestros juegos formar nuestro propio club con entrada limitada, contraseña y todo eso. ¡Qué bien lo pasamos jugando por huertas y gallineros buscando escondites secretos!



Muchos recuerdos de la escuela pasan de las lecturas grupales o individuales a las actividades de escritura. Escribir era tarea importante en nuestro día a día. Hacíamos copias, dictados, esquemas -intentado imitar las llaves perfectas de la señorita-, resúmenes, cartas, telegramas y redacciones, muchas. Un ejercicio o tarea para las niñas de los cursos finales era hacer un resumen del programa de televisión “Informe Semanal”, así que ahí estábamos, todos los sábados, preparadas con el lápiz escuchando y escribiendo para hacer una síntesis más o menos ajustada a lo que veíamos. A veces escrito en el cuaderno, a veces un cartel en cartulina y luego, en clase, la puesta en común de lo que cada una había entendido y visto en el informativo. Hacíamos redacciones sobre casi todo, teníamos que contar lo que nos pasaba, como el que llegara la primavera. Pero también teníamos que inventar, inventar lo que queríamos ser de mayores, inventar que íbamos a la luna, inventar qué le contaríamos a la reina de España en una carta y, también, calcular en qué año tendríamos cuarenta años y qué seríamos en ese futuro tan lejano. Y el siguiente paso era leer nuestros escritos a los demás, y eso era muy difícil, compartíamos mucho más que actividades y lecturas, compartíamos nuestras cortas vidas. La emoción de escuchar las lecturas en voz alta, día a día, la poesía y los clásicos. Quedarnos arrobadas, pensando cómo podía continuar esa historia que se quedaba en suspenso por falta de tiempo... porque se acababa la clase, era la hora de merendar y de jugar de casa en casa por todo el pueblo. El hábito lector, como hábito de vida, nace aquí, con la orientación de nuestra maestra y los préstamos de cuentos de la escuela y, por supuesto, con la total implicación de mi madre, que seguía sus recomendaciones y con la que compartimos lecturas hasta el día de hoy.

### Los equipos mixtos para actividades importantes

Como éramos un grupo muy numeroso, organizar nuestros horarios, espacios y actividades de cada día debía de ser bastante complicado. Las imágenes y recuerdos que tengo son que, a pesar de ser muchas, todo estaba ordenado y se respetaban mucho las rutinas, y la sensación general era de estar a gusto y sentirnos cómodas y seguras. Cuando nuestra señorita se enfadaba y nos reñía o nos castigaba, sabíamos que tenía razón. A mí siempre me reñía por lo mismo, porque era

una charlatana incorregible y no era capaz de callar y molestaba o distraía a mis compañeras. Me mandaba callar, me daba mucha vergüenza y me callaba, pero, al rato, a hablar sin parar.

Se organizaban grupos de varias edades para realizar actividades, en las que había una rotación. En aquel tiempo, la limpieza de la escuela la hacíamos nosotras, como quitar el polvo y ordenar, barrer y fregar el aula, la entrada, el portal, limpiar el baño y, de vez en cuando, limpiar los cristales de las tres enormes ventanas que daban al patio. Grandes y pequeñas nos ayudábamos y realizábamos estas tareas supervisadas por la maestra, con gusto, y con la frecuencia necesaria para que todo estuviera limpio y en orden.

Cuando llegaba la primavera, cada equipo tenía asignada una jardinera, creadas en los márgenes del patio, y éramos responsables de preparar la tierra y de sembrar diferentes flores y bulbos. Plantábamos y cuidábamos gladiolos, dalias, alhelíes y calas, que llamábamos mantos. Con estas flores, adornábamos el pequeño altar que se construía durante el mes de mayo en honor a la Virgen.

Y no me olvido de un cargo diario que nos tocaba a todas realizar por orden de lista, que nos encantaba y nos ponía nerviosas al mismo tiempo. Ser “la encargada”, ser “la responsable”, de forma individual o por parejas, suponía una gran tarea cada día. Hacer los recados, preparar o repartir material entre las compañeras, colaborar con la maestra y, sobre todo, ir a la panadería, que despertaba nuestro apetito con su olor desde primera hora de la mañana, y cruzar con cuidado la carretera para comprar los bollos y colinos cada recreo. Había que recoger los encargos y el dinero, llevarlo todo muy bien contado y repartir, al volver, la deliciosa carga de panecillos, casi siempre calentitos y recién sacados del horno.



### **Aprendizajes reales para la vida**

A nuestra maestra le gustaba que aprendiéramos muy bien las lecciones del libro y todo lo que ella, además, nos explicaba extensamente. Pero lo que nos ha quedado grabado, más allá de escribir sin faltas de ortografía, las ecuaciones de primer grado o las nociones básicas de aquella Enseñanza General Básica, eran aquellas enseñanzas que luego han sido experiencias para la vida. Algunos recuerdos se han quedado grabados por la seriedad y la insistencia con que nuestra señorita nos las mostraba. Algunos ejemplos serían la necesidad de estar atentas a nuestra

higiene personal, de ser cuidadosas y no ensuciarnos, de utilizar el material adecuadamente o de ordenar y tratar bien los libros y los objetos.

Había charlas sobre la necesidad de masticar bien, lavarse la boca, probar todo tipo de alimentos, la importancia de tomar leche todos los días o de comer pescado, aunque no nos gustara mucho. Todo esto lo contábamos en casa y era importante, porque tomábamos toda la leche, comimos mucha palometa, lirios y muchas sardinillas en lata, que siguen sin gustarnos demasiado.

Lo que nos encantaba también era el tiempo de costura, en la tarde de los viernes. En un extremo del aula había una mesa blanca rectangular rodeada de pequeñas sillas blancas. Durante ese rato, dejábamos los pupitres de dos plazas que ocupaban prácticamente toda el aula y nos sentábamos en aquella “mesa redonda”, que era cuadrada, para hacer muchas actividades en pequeños grupos. Jugábamos a poner la mesa con menaje que nuestra maestra traía de su casa, el lugar de los platos, los cubiertos...; con mucho cuidado, íbamos jugando a ensayo y error hasta que todo estaba en su sitio. Aprendimos a coser, a manejar los útiles de costura, a empezar, realizar y rematar las pequeñas labores que íbamos haciendo a medida que crecíamos. Pequeños “trapos de hilo” en los que hacíamos puntadas básicas, pespunte, cadeneta, festón, punto de cruz, punto de lado..., ¡hasta los nombres eran divertidos! Creábamos muestrarios de diferentes bordados, pequeños tapetes “tú y yo” o pequeñas mantelerías cuando ya nos convertimos en “expertas costureras”. En esa gran mesa blanca también realizábamos trabajos manuales, maquetas de casas con cajas de diferentes tamaños y retales de telas, jugábamos, charlábamos, nos reíamos... Las tardes de los viernes eran relajadas y nos los pasábamos muy bien, a pesar de que nos riñeran por hablar demasiado, nos costara mucho enhebrar la aguja y se hicieran nudos en el hilo cada poco. Aún me parece imposible el que, al llegar el Día del Padre y de la Madre, nuestra maestra lavara, planchara y empaquetara todos los regalos que llevábamos cada una a casa, con un gusto y un primor que me emociona recordar.



## Salidas y visitas, grandes aventuras

Pero quizá lo que recuerdo con más cariño y agradecimiento a mi maestra fue su afán por llevarnos a conocer nuevos lugares y espacios para aprender. Los viajes que organizaba suponían auténticas aventuras en las que descubríamos nuevos mundos y, teniendo en cuenta que en aquel tiempo nuestro pequeño pueblo era nuestro universo, coger un autobús o un tren y pasar el día fuera casa era una gran experiencia que no se borraba en días ni en semanas posteriores.

Hacíamos también salidas de una mañana por el entorno del pueblo a buscar leña al monte cercano, explorar y buscar fósiles, coger primulas para el jardín u observar el cambio de las estaciones.

Otra salida muy esperada era la que realizábamos el día de Nochebuena. Era una fecha muy especial, porque quedábamos a media tarde en la escuela, nos disfrazábamos con ropas, pañuelos, boinas y toquillas que traíamos de casa, las mayores pintaban a las pequeñas unos coloretes, ellas ya se pintaban un poco los labios y así, de esta guisa variopinta y un poco estrafalaria, nos pasábamos la tarde cantando villancicos de puerta en puerta y pidiendo el aguinaldo: “Cantamos, rezamos o la casa la tiramos”, “A esta casa hemos venido cuatrocientos en pandilla, si quieres que te cantemos saca cuatrocientas sillas”... Qué tarde maravillosa en la que no sentíamos frío, las mayores cuidaban de las pequeñas y finalizábamos la ronda en la estación al paso del tren de viajeros de las 8, cantando muy fuerte en el andén para que se nos oyera mejor y esperando que el jefe de estación dejara subir a la encargada de los dineros a recoger las propinillas. Con todo lo que nos regalaban, se hacía una merienda que finalizaba con chocolate y bizcochos, y en la que jugábamos y disfrutábamos al volver de las vacaciones.



Realizamos dos visitas a la Cueva de Altamira auténtica. Inolvidable la sensación de estar tumbadas en el suelo, en penumbra y en silencio, viendo los impresionantes bisontes. Visitamos las instalaciones del diario *Alerta*, donde nos regalaron unas pequeñas tipografías metálicas para estampar nuestros nombres; aquello era fascinante y estábamos muy atentos. Visitamos el Museo de Prehistoria de Santander, al que llevamos muy orgullosos nuestros fósiles marinos. También fue emocionante participar en los concursos de villancicos que se realizaban en San Vicente y en Santander. Muchos nervios al cantar en lugares un poco extraños y llenos de gente desconocida. “Miradme a mí”, decía nuestra maestra, y eso hacíamos. Qué orgullosas cuando recibíamos algún premio o distinción, porque no era fácil asignarnos una categoría en los concursos, porque éramos un grupo de niñas de todas las edades que venían de una escuela rural y que cantaban muy bien dirigidas por su joven y decidida maestra.



### **Aquellas poesías que aún nos gusta recitar**

Ya he mencionado lo importantes que eran las lecturas, el que escribiéramos, el hacer teatro o el oír música clásica en completo silencio. Y no quiero finalizar este ejercicio de memoria sin recordar aquellos poemas que leíamos y releíamos, que aprendimos algunos cantados y otros escuchados, pero que siempre disfrutábamos.

Desde “Aquella rosita nacida en abril...” hasta el *Romance del Conde Olinos*, “madrugaba el Conde Olinos mañanita de San Juan...”, que nos hacía llorar, el *Romance del prisionero* tan triste, a algunos versos de Jorge Manrique y de Bécquer... Quiero recordar también algún fragmento del *Libro de Buen Amor* que seleccionaba nuestra maestra. ¡Siempre lograba sorprendernos! Todas estas vivencias tan placenteras han potenciado nuestro gusto por la lectura, por descubrir la música y la búsqueda de la belleza en general en nuestras vidas... ¡Que suerte convivir en esta escuela y tener tan buenos recuerdos!



Muchas gracias, siempre, a la señorita María Rosa por tanto como aprendimos para nuestras vidas y porque éramos felices en la escuela; como ella me dijo hace poco, “éramos una familia”. Gracias por encender la pasión por leer, por hacernos sentir interés y respeto por todo lo que nos rodeaba y por permitir que desarrolláramos nuestra imaginación, que fuéramos creativas y libres desde aquella preciosa escuela, desde nuestro pueblo en el que vivimos una infancia feliz. Cuando ahora paseo por La Acebosa y paso por la escuela, recuerdo cuántas horas jugamos en ese patio; y parece que veo las filas de albarcas de diferentes tamaños ordenadas en el pequeño portal, pequeño ahora, porque en mi recuerdo siempre será muy grande.



Grupo de la Escuela Unitaria de Niñas de La Acebosa en los años sesenta



**Grupo de la Escuela Unitaria de Niñas de La Acebosa, años sesenta,  
con la maestra María Rosa González Suárez**